



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 17 (2011)

PRO-EPÍLOGO A ACTITUDES LINGÜÍSTICAS EN AMÉRICA

La presentación de un volumen monográfico esconde casi siempre una hibridez de intenciones que hacen difícil su encaje espacial: de un lado, esa aspiración del introductor a hacer una lectura más sencilla de lo que viene después, así como el deseo de este de que los contenidos posteriores enamoren al receptor y lo incite a su lectura, y, de otro, la de ofrecer un corolario estructurado de todas las contribuciones. Esta lucha dual de objetivos contrapuestos me hace pensar en el sitio que debe ocupar este breve escrito: o delante, o detrás del meollo. La tradición, que es sabia, responde con un «antes», pero yo voy a desafiarla e intentaré demostrar al lector que quizá sería conveniente contestar con un «después». Y como a una institución de tantos años como ella hay que mostrarle sus respetos (y también porque hay que obedecer al director de la revista), situaré estas palabras en el antes, aunque no las etiquetaré bajo el rótulo de «introducción», sino de «pro-epílogo». También es cierto que el investigador lector tiene la sana costumbre de ir directamente al grano, desconsiderando lo que pueda ir antes o después de la enjundia, y, en este caso, nada he dicho, porque nada hay.

Las *gavillas* que aparecen recogidas en este volumen no aúnan *preocupaciones* de ideas pasadas, sino que pretenden arrojar *luz* y, por tanto, *ilustrar*, a esta ciencia que está en continuo *progreso*. Este *maturrango* que ahora les presenta estos escritos —más bien *chapelón*, pues es la primera vez que me acerco a estos temas— tuvo la osadía de haber aceptado el encargo de confeccionar un monográfico que reuniera el *saber* —tratando de apartarnos de la *obscuridad*— de algunos especialistas *criollos*, *indianos* y *gachupines*. La orientación de estos trabajos ha sido tanto *filológica* como *lingüística*, y todos ellos, creo, han contribuido a sacarnos de la *cucha* en la que estaban sumergidas muchas ideas de este periodo. Debo reconocer que *ocurrir* a investigadores de distinto padre y madre en lo intelectual podría haberme llevado a forzar —como en *tapeztle* de Procusto— la unidad del todo, pero no ha sido así: hemos conseguido un conjunto de *gavillas* que diseccionan la realidad americana de los siglos XVIII y XIX en lo que atañe a las actitudes ante la lengua en general. Resultaría, por tanto, *utiloso* que estas consideraciones se transmitieran *por cordillera* a todo el ámbito científico de este *sublunar* y no cayeran en la *petaca* de los recuerdos.

Pues bien, el párrafo anterior, un poco o un mucho forzado, me sirve de excusa para trazar el hilo de los estudios que ahora se exponen a juicio público. Los resaltes de cursiva, que coinciden con los vetos rojos del procesador de texto de un ordenador (o computador, palabra esta menos gachupina y más criolla), apuntan a un léxico que ora se utilizó en los siglos XVIII y XIX exclusivamente en América, ora se usó con otro significado entre americanos y europeos, ora se hizo de un ámbito geográfico del Nuevo Mundo, ora, finalmente, reflejó diferencias significativas entre un espacio y otro de Las Indias (*chapelón*:

cf. Ramírez Luengo y Franco Figueroa). Sin embargo, no se espere el lector que encontrará en lo que sigue solamente listas taxonómicas de términos con la equivalencia en el dialecto de cada región, sino que este lexicón se erigirá en las evidencias principales para defender una determinada teoría sobre la actitud que los habitantes de una zona tenían ante la lengua. Si lee con detenimiento, descubrirá la importancia de lo social, de lo económico y de lo político sobre la visión que el indiano, el criollo y el gachupín tenían en torno a ese instrumento que pone en contacto a unos con otros. Y, salvo evidencias orales —obviamente—, el documentario de pruebas obtenidas parten de cualquier manifestación de lo escrito: prensa, literatura, catecismos, etcétera, etcétera.

La realidad de la lengua española comenzó a entrar en crisis en el siglo XVIII, aunque pareció fortalecerse en el XIX. La distancia de la metrópoli, la bicefalia de poder, la religión, el mercado, el nacimiento de nuevas capas sociales contribuyeron a la inestabilidad del español como instrumento de comunicación general, que unas veces subía a la cima del colupio y otras tocaba tierra. El trabajo del profesor José María García Martín («Revisión de algunas ideas sobre política e ideología lingüísticas en el siglo XVIII español») introduce el discurso de este volumen con un análisis exhaustivo sobre las repercusiones del reinado de Carlos III en el futuro de la lengua, tanto en la Península, como en las Colonias. No duda en plantear un panorama complejo, en donde tiene cabida la trama de un rey por salvar las contradicciones en las que podría caer su política, si no se le prestaba atención a la situación americana, entre otras cosas, porque en su mismo suelo estaba sufriendo el martirio —o la bendición, según se mire— de la poliglosia de su reino, hecho este que podría poner en peligro su estabilidad política. Este trabajo insiste en la importancia de la religión como arma de doble filo: por un lado apaciguó los ánimos contra el español en las Américas, en tanto que los religiosos excusaban su uso en favor de las lenguas indígenas en la transmisión de la doctrina cristiana; de otro lado, la situación colonial era un mal ejemplo para la política lingüística de la Península, lugar este en donde existían también diferentes lenguas que querían mostrar su autonomía. Una maniobra contra los religiosos y teniendo como bandera la religión fue la estrategia de Carlos III para dar garra al español y así fortalecer su política.

La preocupación ilustrada de transmitir saber y conocimiento también llegó a territorios americanos, en donde se prolongó hasta bien entrado el siglo XIX y donde encontró solapamiento con las ideas románticas. El criollo se vio en la necesidad de reclamar su independencia en lo lingüístico y avaló el uso de palabras autóctonas que oían a distancia y reafirmación, en donde se contemplaba el español tanto como vehículo de unión para luchar contra el mal que venía del otro lado del Atlántico, así como lengua que debía cargarse con las palabras que daban sentimiento a una nueva tierra. Esta dualidad independentista y tradicional la experimentaron bastantes intelectuales de América, que se corporeiza muchas veces en la figura de Andrés Bello. Sobre este tira y afloja sentimental hacia la lengua nos hablará el profesor Juan Pedro Sánchez Méndez («Ideología y modelos lingüísticos: Andrés Bello y la Ilustración Hispanoamericana»), quien, después de una descripción pormenorizada de lo que el español significaba en América —valores sociales, políticos...— y la lucha por la creación de un estilo propio, pasará a analizar la actitud «conservadora» de Bello ante la lengua, que chocaba con sus bien conocidos deseos independentistas.

Y fue Argentina (o la Argentina) el territorio en donde la batalla contra el español de la metrópoli fue más beligerante y duradera, quizá porque, curiosamente, siempre estuvo más ligada a una Europa no española. El trabajo de Elena M. Rojas Mayer («Las actitudes lingüísticas en la Argentina entre 1750 y 1850») revela la existencia de tres etapas en la relación que mantenía este territorio con España: 1) sumisión, que se refleja tanto en

el léxico como en las formas de tratamiento social; 2) deseo de independencia política, pero no lingüística, cristalizado en un léxico en donde empieza a sustituirse el *señor* por el *ciudadano*, o donde palabras como *libertad* o *patria* tienen ya una nueva dimensión, y 3) guerra lingüística contra lo normativo peninsular, rasgo resaltante de este territorio americano y que acabó incluso con intervención política (Sarmiento), y donde fenómenos como el seseo se alzaban como bandera de la independencia lingüística argentina.

Este proceso de independencia no solo tenía reflejo en la prensa, sino que también la literatura sirvió de vehículo para la manifestación de un nosotros frente a un vosotros. Fueron nuevamente los argentinos los que encontraron en el mundo rural las claves para una segregación lingüística. El profesor José Luis Moure nos cuenta en «La construcción de la variedad lingüística gauchesca en el Río de La Plata» cómo un grupo de escritores idealizaron el léxico de la campaña y lo elevaron a categoría literaria, con claras intenciones políticas. Lo curioso es que una misma situación había ocurrido en España con el sayagués, aunque por otras motivaciones. Lo autóctono se erige en atizador de la exaltación patriótica y se convierte en el alma de la gauchesca, aquella literatura que dio coherencia a la independencia política dentro de la manifestación lingüística y que constituyó excepción y respiro a la segunda etapa reseñada por Elena Rojas en esta compilación.

Y un nuevo vehículo de transmisión de las ideas independentistas a través de la lengua fue el catecismo político, estudiado por el profesor Mariano Franco Figueroa en su contribución titulada «Lengua y libertad: el léxico del *Catecismo político cristiano*». Esta vez es Chile el espacio geográfico estudiado, lugar donde estos catecismos cobraron una importancia especial. El contenido de estos escritos refleja la opinión de individuos concretos sobre la situación política y social del momento, y la piel que los cubre es un léxico, empleado con total libertad, que delata deseos, aspiraciones y protestas. Ni que decir tiene que su papel no se centra exclusivamente en ofrecer los desvelos políticos de este territorio al investigador, sino que es fuente inagotable de conocimiento dialectológico. Campos nocionales, cambios semánticos o vocabulario autóctono son los focos estructurales bajo los que se revela la nueva configuración social, política y lingüística de la zona. Este léxico criollizado o americanizado es la resulta de un proceso más ideológico que dialectal —como bien señala el autor— el cual, configurado con objetivos didácticos y de acuerdo a ese ideal ilustrado de «instrucción», sirvió para despertar al pueblo de su sequía política e intelectual.

Los escasos estudios existentes sobre el español de Bolivia en el periodo que nos atañe convierten la exégesis del profesor José Luis Ramírez Luengo («Apuntes sobre el léxico del español altoperuano en el siglo XVIII») en una auténtica joya. El trabajo se libera de cualquier relación con lo político o lo social y se centra en lo meramente lingüístico: descripción de voces autóctonas, indigenismos, americanismos semánticos... El autor consigue construir un pequeño diccionario, en donde algunos registros podrían ofrecer claves para la construcción diacrónica del español americano, así como asentar las bases para una diferenciación dialectal (en este caso, entre la Bolivia del oriente y la de occidente). El hecho de que una variante diatópica pueda ser reconocida desde el punto de vista filológico en un siglo como el dieciocho y a través de evidencias textuales de diversa índole nos lleva a contemplar el tema de las actitudes lingüísticas desde otra perspectiva: existen textos que dan entrada con total libertad a un vocabulario que no tiene por qué estar polarizado política o lingüísticamente y que no aspiran ni a ser abanderados de ninguna independencia, ni a proclamar la unión de los territorios americanos, sino que, simplemente, revelan la idiosincrasia de un pueblo que se expresa libremente y que, sin

querer —aunque perceptible para el estudioso— deja su impronta en su manera de expresarse por escrito.

Nuestro viaje por el continente americano sube más hacia el norte y llegamos a Costa Rica, en donde, esta vez, será el profesor Miguel Ángel Quesada Pacheco el que describirá la disposición ante el hecho gramatical y la evolución que este experimenta a lo largo del siglo XIX en esta parcela geográfica («Ideas y actitudes lingüísticas en Costa Rica durante el siglo XIX»). En 1821, la Capitanía General de Guatemala entra en una nueva fase y ello posibilita una distinta actitud hacia la enseñanza del español, pues se inicia un proceso inusitado de fuerte instrucción lingüística y, por tanto, una etapa de seria preocupación por el trasunto normativo. La aparición de nuevas estructuras sociales, nacidas del impulso comercial, trajo consigo una forma de manifestación lingüística diferente que trataba de dejar claro las diferencias en lo económico. La preocupación de nuestro autor será la de exponer la actitud de este pueblo hacia el estudio de la gramática, dado el interés político por que esta pudiera ser enseñada con el celo que merecía, así como el cuidado hacia una norma basada en el buen hablar. Y, pese al respeto de los locales por la Real Academia española, también hubo momentos de preocupación por lo autóctono, reflejado en la creación de los primeros diccionarios de americanismos.

Nuestra ruta con el español como foco acaba en Méjico, donde es ahora la prensa del lugar la aportadora de evidencias en el estudio de la profesora Teresa Bastardín Candón («Innovación léxica en la prensa americana: el *Correo Americano del Sur* (México, 1813)»). Cuando la libertad de imprenta se constituye en hecho, la entrada de registros del lenguaje común, militar y político en los papeles de lectura cotidiana se hace habitual, y no solo se incluyen sin más, como si fueran usos corrientes de la época, sino que en la mayoría de las ocasiones son glosadas, haciendo ver que esta habitualidad no es tan normal y, por tanto, dejando caer que los términos neonatos no eran lo que se presuponía, sino que habían experimentado una mudanza acorde a los nuevos tiempos. Para el investigador actual, descubrir este tipo de textos es como dar con el Santo Grial: no solo se revelan las intenciones de por qué se introduce un vocablo, sino que, además, se informa sobre el cambio semántico que en él se está provocando (¡el sueño de cualquier filólogo!). Este trabajo, junto a su interés diacrónico, viene a consolidar la idea de la presencia de un léxico autóctono —al lado de un sistema coherente y unitario—, y que marcará la diferencia respecto de la norma peninsular.

Y el broche de cierre de estos ensayos tendrá como centro el otro de los instrumentos comunicativos más extendidos en América, el portugués. El profesor Pierre Guisan, en su trabajo «Brasil: quando um país está à procura de uma língua nacional», deja traslucir que la actitud de los conquistados ante esta lengua dentro de las fronteras de lo que se conoce como Brasil fue bien distinta al correlato hispánico, entre otras cosas porque los portugueses tenían otro modo de concebir la colonización de sus nuevos territorios. La ausencia de la escuela y de una intervención religiosa motivó que, a pesar de lo que pueda uno pensar, no fuera el portugués la lengua mayoritaria en los territorios brasileños. Esta lengua se hablaba esencialmente en dos centros neurálgicos: Río de Janeiro y Salvador de Bahía; el resto adoptó la así llamada *língua geral*, o sea, una koiné de base léxica tupí que sirvió de moneda de cambio lingüística a los comerciantes. Las aspiraciones de esta *língua geral* a erigirse en el sistema unitario de comunicación de Brasil fue abortada gracias a la intervención del Marqués de Pombal a mediados del siglo XVIII, que, aprovechándose de la expulsión de los jesuitas (favorecedores de lo autóctono) y promocionando en las escuelas la enseñanza del portugués, acabó con un avance que podría haber cambiado la situación lingüística de este territorio. Y debido precisamente a que la lengua de Camões no fue mimada en esta región durante el periodo de conquista, sufrió un distanciamiento

—en lo fonético, morfológico y sintáctico— respecto de la variante portuguesa, que se asemeja al que experimentaron las lenguas románicas con relación a su madre, el latín.

Y hasta aquí lo que da de sí, que es mucho y bien tensado, el conjunto de escritos que ahora presentamos al mundo científico. Han sido elaborados con mimo y rigor por investigadores consolidados y de distinta procedencia. En los primeros renglones de este pro-epílogo, ponía en duda la localización de estas líneas, si es que debieran siquiera ser incluidas —por lo superfluo de su contenido—, porque tratar de entender antes con pocas palabras lo que se explica luego al detalle es tarea más infructuosa que la de aclarar la unidad de un conjunto en un después, donde el lector ya trituró las ideas leídas. En cualquier caso, el tema de las actitudes lingüísticas en América se defracta en múltiples corolarios que tienen que ver con el espacio geográfico particular, el devenir del tiempo y, sobre todo, con la perspectiva del investigador que las trata, pues, aunque la neutralidad debería ser la tónica del tratamiento, lo cierto es que cada uno tiene un origen distinto, cada uno vive en una época diferente y cada uno tiene una actitud diversa ante la lengua en la que escribe y sobre la que escribe. Y si esto fuera poco, el lector recibirá estos textos desde el prisma de su idiosincrasia. Sirvan estos trabajos para hacer más rica su perspectiva.

Manuel RIVAS ZANCARRÓN
(Universidad de Cádiz)